

ó á la de la civilización. Podrá igualmente lamentarse que algunas de las estatuas no merezcan, como obras de arte, el aplauso de los inteligentes, pero con esto y con todo, nadie podrá negar que esa serie de monumentos ha impulsado el cultivo de la escultura, en escala hasta hoy desconocida en nuestro país, y hay razón para esperar que los gobernantes de los once Estados que aún no envían las que les corresponden, aprovecharán la experiencia adquirida y pondrán especial esmero en que en la designación de los personajes se reconozca en todo tiempo y sin contradicción ninguna el mayor tino, así como también en la elección de los artistas que han de esculpir las estatuas. De esa manera se harán acreedores al elogio, no nada más de sus conciudadanos, sino al imparcial encomio de su ilustración por parte de los extraños que contemplan esos monumentos.

Por lo que toca al iniciador del pensamiento y autor de este libro que viene á complementarlo, sobradamente recompensado se cree al ver glorificada la memoria de muchos de sus compatriotas; que quien carece de grandes títulos conformarse debe con que al menos se reconozca su anhelo por que se rindan homenajes á los que han honrado á México.

Coyoacán, 1900.

FRANCISCO SOSA.

## I

## D. IGNACIO RAMIREZ.

Si las pasiones políticas no dividieran tan hondamente las sociedades en que libran sus combates; si en la lucha de las ideas pudiera salir ileso la personalidad de sus corifeos, el nombre del sabio mexicano Ignacio Ramírez sería ensalzado sin contradicción; porque á nadie pueden ocultarse ni su talento, ni su enciclopédica instrucción, ni su elocuencia, ni sus dotes brillantísimas como literato, como poeta, como filósofo y como periodista. Pero tocó á Ramírez florecer en una época de turbulencias, de transición del antiguo al nuevo régimen, y como que fué uno de los atletas más formidables en las filas de uno de los partidos contendientes, no sólo atrajo sobre sí el odio y los rencores de sus contrarios, sino también la envidia y la malevolencia de no pocos de los mismos suyos. Hombre que sobresalía donde quiera que se presentaba, natural era, dada la condición humana, que los que á su lado se veían pequeños, se esforzaran en rebajar su gran mé-

rito, esgrimiendo contra él todo género de armas, aun las de la calumnia.

A grandes rasgos trazaremos la vida del repúblico, y después expondremos, siquiera sea brevemente, nuestro juicio acerca de sus producciones literarias, para que se vea con cuánta justicia procedió el Distrito Federal al discernirle la honra de erigir su estatua en la Calzada de la Reforma.

El Sr. Lic. D. Ignacio Ramírez nació en San Miguel el Grande (E. de Guanajuato), el 23 de Junio de 1818, y fué hijo de D. Lino Ramírez y de D<sup>a</sup> Sinfrosa Calzada. Comenzó sus estudios en la ciudad de Querétaro, cuna de su padre, y después vino á México á continuarlos en el célebre Colegio de San Gregorio, haciéndose notable por su talento y aplicación hasta recibirse de abogado.

Estudiante todavía, formó parte de la Academia de San Juan de Letrán que estaba compuesta de los hombres más ilustrados en aquella época. La brillantez con que exponía sus ideas, sumamente avanzadas por cierto, hizo que aun los miembros de aquella sociedad que profesaban las antiguas, le aplaudiesen y admirasen.

En 1846 perteneció al Club Popular, en cuyo seno defendió las ideas que algunos años después quedaron consignadas como principios en la Constitución y en las Leyes de Reforma, y formó parte de la redacción del periódico *Don Simplicio* que censuraba terriblemente los actos del gobierno conservador, por lo cual, éste, lo suprimió y encarceló á los redactores. En el propio año, al establecerse el sistema federal, el Sr. D. Fran-

cisco Modesto de Olaguíbel que era á la sazón Gobernador del extensísimo Estado de México y que conocía y estimaba los talentos de Ramírez, le llevó á su lado para organizar la administración. Ramírez correspondió dignamente á esa confianza y trabajó sin descanso no sólo en la reconstrucción administrativa, sino también en la defensa del territorio nacional invadido sin razón y sin justicia por las huestes norte-americanas.

Terminada la guerra contra los invasores, Ramírez entró al Instituto como catedrático de primero y tercer año de derecho, y de literatura, sirviendo gratuitamente estas dos últimas cátedras. Las ideas del profesor liberal alarmaron grandemente á algunos padres de familia, quienes á pesar de la irreprochable conducta de Ramírez, á pesar de los opimos frutos que con su enseñanza científica y literaria se obtenían, pusieron en juego sus intrigas y su influencia hasta lograr su separación.

En 1852 el Sr. Vega, Jefe del poder ejecutivo de Sinaloa, nombró secretario de gobierno á Ramírez, en cuyo puesto promovió, como en el que acabamos de hablar, todas las mejoras que estuvieron á su alcance, y sostuvo enérgicamente la extinción de las alcabalas planteadas por el Sr. Verdugo. Arrojóle la revolución á la Baja California, y allí descubrió Ramírez la existencia de zonas perlíferas y escribió luminosos artículos sobre los ricos mármoles que encierra aquel Territorio.

Después del golpe de Estado de Ceballos (1853), cuando el Lic. Sánchez Solís fundó en México un colegio políglota, Ramírez sirvió en aquel plantel las cáte-

dras de literatura. El mismo Sánchez Solís refería que la dedicación y empeño de Ramírez como catedrático fueron tales, "que habiendo un día entrado á clase á las seis de la tarde, salió á las doce de la noche, cautivando á sus discípulos con la maravillosa elocuencia y erudición con que había nutrido su inteligencia, con aquel fuego sagrado de los dioses de la poesía, con aquellas figuras é imágenes oratorias con que había enriquecido su espíritu." Gran recelo inspiró al general Santa-Anna el renombre que iba alcanzando el sabio profesor, y, fiel á las tradiciones de los tiranos, declaróle cruda guerra. Entonces Ramírez pasó de la cátedra á la mazmorra de los presos, y sus libros le fueron cambiados por los grillos que llegaron á hacerle profundas heridas, pero que él vió con aquel valor estoico de que jamás, ni en las más crueles circunstancias, se despojó su alma.

Al recobrar la libertad, Ramírez se encaminó de nuevo á Sinaloa. Al llegar á Lagos, encontró allí al general Comonfort, quien al punto le confió su secretaría, que desempeñó con lealtad, inteligencia y eficacia no comunes, y á la sazón más indispensables que nunca. Pero Ramírez, fiel á sus principios, al advertir en Cuernavaca que Comonfort los falseaba, separóse de él y afilióse con Juárez, Ocampo, Prieto y Cano para combatirle.

En 1857, como en 1852, Ramírez representó en el Congreso de la Unión al Estado de Sinaloa. Entonces, Ramírez, orador parlamentario de talla extraordinaria, fué un campeón esforzado y ardentísimo de los dere-

chos y garantías del hombre consignados en ese Código de 57, que acaso por su misma bondad no ha sido en la práctica lo que sus autores se habían propuesto; llegando á creerse, aun por muchos de los que han derramado su sangre por defenderlo, que son "teorías irrealizables" algunas de sus ideas capitales, dado el estado actual de la sociedad mexicana. No es este sitio oportuno para desentrañar cuestiones de tan ardua naturaleza, ni nos compete decir otra cosa más sino que Ramírez fué un verdadero adalid de la Constitución y de la Reforma, como puede verse en las publicaciones de la época y en la "Historia del Congreso Constituyente," por Zarco. A esta última debe ocurrir el que desee conocer á Ramírez como orador parlamentario y como defensor del radicalismo.

Terminadas sus tareas legislativas, Ramírez fué llamado á Puebla, y se le confiaron los cargos de juez de lo civil y catedrático de derecho canónico y de literatura del Colegio del Estado, sirviendo gratuitamente este último. Acusado el gobernador Alatríste ante el Congreso, cuando Comonfort preparaba el golpe de Estado, vino Ramírez de Puebla á defenderle, y esta circunstancia le proporcionó la oportunidad de estar al tanto de lo que en las regiones del poder se maquinaba.

Entonces fué él quien decidió con sus consejos é informes el pronunciamiento de Puebla, que fué el primero que desconoció á Comonfort. Perseguido por éste, como Juárez, fué reducido á prisión. Logró evadirse merced á su ingenio, y dirigióse á Sinaloa cuando una

guerrilla del general Mejía le aprehendió en Arroyozarco y le condujo á Querétaro. Allí fué puesto en capilla para fusilarle, y después, montado en un asno, paseado por la ciudad para que la soldadesca le vejara. Después de larga prisión y de penoso viaje llegó Ramírez á México, y desafiando peligros, fué uno de los primeros que se presentaron á Juárez cuando éste estableció su gobierno en Veracruz. De Veracruz salió para Tampico, y allí, en San Luis, Guanajuato, Jalisco y Sinaloa, hizo poderosos esfuerzos por el triunfo de la causa que defendía.

Terminada la guerra de tres años, Ramírez fué nombrado Ministro de Justicia y Fomento. Uno de sus biógrafos, el Sr. Sánchez Solís, al llegar á este punto dice:

“Asumió la responsabilidad de la exlaustración de monjas, prevenida por la ley de 5 de Febrero de 1861; reformó la ley de hipotecas y juzgados; hizo prácticas las disposiciones dadas por Iglesias sobre la independencia del Estado y de la Iglesia; dictó providencias, reformando ó mejorando el plan general de estudios; preparó la formación de la gran Biblioteca Nacional; dotó con liberalidad todos los gabinetes del Colegio de Minería; formó un excelente cuadro de profesores de la Academia de San Carlos, é hizo salvar cuadros originales que existían en los conventos, formando con ellos una rica galería. Entre esos cuadros se encontró el prodigioso de los “discípulos de Emaus,” de Zurbarán; “Santa Cecilia,” “Santo Tomás,” la “Adoración de los Reyes,” el “Martirio de San Lorenzo,” la “Mujer adúltera,” la “Samaritana,” y otros que forman el orgullo

del arte. Entre los centenares de estos cuadros se formó una completa galería de maestros mexicanos. Nombró una comisión de los artistas más notables que había entonces en el país, formada de los Sres. Clavé, Cabalari y Sojo, para que exploraran el ex-colegio de Tepetzotlán, encargándoles que le presentaran un proyecto capaz de salvar los tesoros del arte, en arquitectura, tallado, incrustados y pinturas que contiene aquel magnífico edificio.”

Antes de pasar adelante, convendrá que apuntemos uno de los rasgos característicos de Ramírez: su acrisolada honradez. La época en que él desempeñó las Secretarías de Justicia y Fomento, fué, puede decirse, una época para poner á prueba la integridad de su conducta. Millones de pesos manejó en los meses que tuvo aquellas carteras, y nadie, ni sus más encarnizados enemigos, podrán decir que se hubiese manchado apropiándose la parte más insignificante de los tesoros que por sus manos pasaron. Él, tan ardiente cultivador de los estudios históricos, no tomó un solo libro de los millares sacados de las bibliotecas de las órdenes religiosas; él, amante y conocedor de las obras pictóricas, no llevó á su casa uno solo de los magníficos cuadros extraídos de los claustros; él, que había sufrido persecuciones y que había apurado todos los infortunios antes del triunfo, no buscó la recompensa adjudicándose propiedad alguna para pasar tranquilo el resto de sus días. Y cuando, elevado por sus méritos, le vimos desempeñando en varios períodos el puesto de magistrado de la Corte Suprema de Justicia, probó como el que

más, integérrimo, conservó limpio y puro su nombre de la vergonzosa nota del peculado.

Doce años formó parte Ramírez (1868-1879) del primer tribunal de la Nación, ilustrando con su palabra elocuente, con su profunda ciencia, las más arduas cuestiones sometidas á la Corte de Justicia, con integridad é independencia incomparables.

Para no traspasar los límites que nos hemos impuesto, habrémos de pasar rápidamente [una revista á los servicios de Ramírez, posteriores á los ya enumerados.

Al emigrar el gobierno republicano en 1863, á consecuencia de la guerra con los franceses, Ramírez salió para Sinaloa, su Estado predilecto. En el mismo año pasó al de Sonora, con el objeto de trabajar por la restauración. Allí fué donde sostuvo una polémica con el gran tribuno español Emilio Castelar, en la que, con un estilo chispeante y altamente satírico, demostró lo conveniente, lo justo de la emancipación de los pueblos hispano-americanos, de las tradicionales costumbres de la antigua metrópoli y de la servil imitación de lo europeo. Terminada la polémica, recibió Ramírez un retrato de Castelar con la siguiente honrosa dedicatoria: *A D. Ignacio Ramírez, recuerdo de una polémica en que la elocuencia y el talento estuvieron siempre de su parte, el vencido, Emilio Castelar.*

Expedida la inicua ley de 3 de Octubre de 1864, Ramírez regresó á Sinaloa para consagrarse á la defensa de los que en ella quedasen comprendidos. Tan noble proceder fué castigado con el destierro, enviándole á

San Francisco California, y allí, con entera libertad, escribió contra la intervención francesa. Poco tiempo antes de la caída de Maximiliano, volvió Ramírez á México, pero al punto se le condujo á San Juan de Ulúa, y después á Yucatán, en donde le atacó la fiebre amarilla.

En Mérida le conocimos y tratamos, y mucho nos complace poder decir que siempre conservó gratísimo recuerdo del suelo yucateco y de sus hijos, y habló en todas ocasiones con profunda gratitud de los miramientos, del respeto y del cariño con que allí fué tratado. Nobles y levantadas sus ideas, no fué Ramírez del número de aquellos que después de recibir las atenciones de una sociedad, se empeñan en ridiculizarla y en rebuscar sus defectos.

En 1868 tomó posesión de una magistratura de la Corte de Justicia. Ya en breves frases hemos dicho lo que Ramírez fué en aquel alto cuerpo.

La última persecución sufrida por Ramírez fué la de los postreros días de la administración de Lerdo en 1875, por ser adicto al general Díaz. Al triunfo de éste, después de la batalla de Tecuac, llamó á Ramírez á su Consejo, encomendándole la cartera de Justicia, que desempeñó pocos meses, volviendo á sus tareas de magistrado, hasta el día de su muerte, que fué el 15 de Junio de 1879.

Tan abundantes y de tal interés son las noticias sobre la vida pública de Ramírez que, en sinopsis, puede decirse, hemos presentado, que necesitamos emplear la mayor concisión para hablar de él como literato.

“Ramírez, literato eminente, dice uno de sus biógrafos, humanista en la extensión de la palabra, conector de varios idiomas, excelente naturalista, poseía, como Voltaire, conocimientos universales, nociones enciclopédicas, y como aquél, castigaba los vicios sociales por medio del ridículo y de la sátira. Si Ramírez hubiera vivido en épocas menos tormentosas y hubiera podido recopilar todo lo que escribió, la colección de sus artículos sería leída, devorada; pero habiendo tenido que llevar una vida errante constantemente, de aquí para allí, á causa de las revoluciones del país, sus trabajos literarios existen diseminados en los diversos Estados por donde anduvo durante su larga carrera de hombre público; por esta causa, la colección de sus obras, tanto en prosa como en verso, es altamente difícil encontrarla, y sin embargo, cualquiera de ellas que se tenga á la vista, da á conocer el genio. Si un madrigal de ocho versos hizo pasar el nombre de Gutierrez de Zelina á la posteridad, ¿por qué cuando se trata de Ramírez, si podemos presentar de él una pieza literaria acabada con ese fuego y esa animación que conservó hasta sus últimos días, no había de suceder otro tanto?

“Una sola oración de Demóstenes ó de Marco Tulio bastaría para fijar su imperecedera reputación. Mas á pesar de lo difícil de coleccionar sus artículos sueltos, el Sr. Ramírez, ó sea el *Nigromante*, jamás desde su juventud dejó de escribir, y multitud de colecciones de periódicos están engalanadas con sus letras, pudiendo recordar solamente por ahora *D. Simplicio* en 1847, el

*Decaulión* y el *Porvenir* en Toluca, el *Pacífico* en Mazatlán, *El Siglo XIX*, el *Correo*, las *Cosquillas* y el *Mensajero* en su primera época en México, el *Clamor Popular*, el *Monarca*, el *Monitor*. En *El Siglo XIX*, se manifestó digno sucesor de D. Luis de la Rosa, Otero y Morales, y respecto á los demás periódicos que tanta sensación causaron en la República, él mismo fué el fundador. Sus discursos, obras maestras, están diseminados como impresos sueltos, y los que de palabra improvisó en las reuniones políticas y en varias asociaciones literarias y científicas como el Liceo Hidalgo, la Sociedad de Geografía y Estadística y en las Cámaras de diputados, hubieran merecido un taquígrafo; su palabra fácil y fluida, convencía y arrebatava. Jurisconsulto profundo y catedrático de derecho, sus ilustrados discípulos en Toluca, Puebla y México son el testimonio de su saber.”

Muy de cerca nos fué dado conocer á Ramírez, pues tuvimos la fortuna de sentarnos á su lado como miembros unas veces y como secretarios otras, de las sociedades científicas y literarias que él presidió con frecuencia, como la de Geografía y Estadística y el Liceo Hidalgo. Oímos su voz fascinadora, cuando inspirado por su ardentísimo amor á las letras arrebatava al auditorio y le tenía suspenso de sus labios. En aquellos momentos parecía que su rostro se transfiguraba y su acento llegaba al oído como música deliciosa. Noches de imborrable recuerdo serán para nosotros aquellas en que la modesta y débilmente alumbrada sala de sesiones del Liceo Hidalgo, Ramírez esgrimía todo géne-

ro de armas conteniendo en materias de alta literatura con Pimentel, con Riva Palacio, con Prieto, y con cuantos se aprestaban á aquellas lides del talento y de la sabiduría.

Noches también inolvidables las que á su lado pasamos en las sesiones semanarias de la Sociedad de Geografía y Estadística, cuando con lucidez asombrosa, con erudición extraordinaria, con novedad inaudita, abordaba los más oscuros y difíciles problemas de las ciencias y se revelaba antropologista y filólogo, historiador y filósofo.

La facilidad de comprensión era en Ramírez tan extrema, que apenas comenzaba alguno á exponer sus teorías, él, como que adivinaba los fundamentos en que habían de basarse, y en tropel acudían á su cerebro las ideas propias para apoyarlas ó rebatirlas. ¡Lástima grande que muchas veces en el calor de una discusión de todo punto seria, Ramírez mezclase alguna frase satírica, incisiva que venía á desconcertar, no sólo á su contrincante, sino á su auditorio mismo! No necesitaba, en verdad, de aquel recurso para salir vencedor en la contienda; que de sobradas armas dispone quien tiene inteligencia clarísima y ha hecho inagotable acopio de ciencia en constantes y profundos estudios!

Pero era tal el poder de su palabra, que aun cuando á nadie pudiera ocultársele que sostenía paradojas en muchas ocasiones; que á pesar de las huellas que dejaban los dardos de su sátira, Ramírez era querido, admirado por todos los que le escuchaban.

Contadas son las composiciones en verso de Ramírez, y bastan sin embargo para darle lugar prominente entre nuestros mejores poetas. Sus magníficos tercetos "Por los muertos" son dignos de Rioja; su soneto "Al amor," puede figurar entre los mejores; su justamente celebrado "Madrigal," es una joya literaria; sus demás poesías dignas de llevar al pie una firma tan ilustre como la de Ramírez.

Hay entre los escritos de Ramírez uno que por sí solo bastaría á formar la reputación esclarecida de un hombre: nos referimos á su *Proyecto de enseñanza primaria*, formado en 1873 para obsequiar los deseos del entonces regidor D. Luis Malanco. Abraza el proyecto un reglamento conciso, y dos libros, el primero *Rudimental* y el segundo *Progresivo*. La enciclopédica sabiduría de Ramírez y su profundo conocimiento de los métodos pedagógicos, se revelan en esos libros que son un verdadero tesoro que no supo aprovechar el Ayuntamiento de México, siguiendo su tradicional costumbre de ir de desacierto en desacierto. Yacía en el olvido el *Proyecto de enseñanza primaria*, hasta que el Sr. Gral. D. Carlos Pacheco, gobernador del Estado de Chihuahua, hubo de conocerlo, y comprendiendo en toda su extensión el raro mérito de la obra, resolvió imprimirla y adoptarla para las Escuelas del Estado.

Llegará un día, que tal vez no esté lejano, en que se haga cumplida justicia al sabio eminente de quien acabamos de hablar. Hoy, lo diremos valiéndonos de las palabras que Castelar empleó al revindicar la gloria de una ilustre personalidad contemporánea: mucho se dis-

cute acerca de sus aptitudes, y mucho se le ha regateado su personal mérito; pero esto acontece con tanta frecuencia en el mundo al genio y aun al talento, que lejos de rebajarlos en el concepto público, los engrandece y exalta, pues todo verdadero mérito suscita la contradicción que le persigue, como los rayos del sol suscitan evaporaciones que los nublan.

Al frente de las *Obras Completas* de Ramírez, figura un brillante estudio debido al no menos ilustre literato Ignacio Manuel Altamirano.

Terminaremos esta noticia, diciendo que la estatua de Ramírez, obra del escultor Miranda, fué inaugurada el día 5 de Febrero de 1889 trigésimo segundo aniversario de la promulgación de la Constitución de que fué él, como se ha visto, uno de los más ilustres campeones en la tribuna y en la prensa.

---

---

## II

### GRAL. D. LEANDRO VALLE.

---

**H**ÉROE y mártir entre los adalides de la guerra de Reforma, el Gral. Leandro Valle tenía justos títulos para que su estatua se irguiese en el primer paseo de la República, que lleva el nombre de Calzada de la Reforma para perpetuar el recuerdo de uno de los más grandes períodos de nuestra moderna historia política; pues si bien fué corta la existencia de Valle, toda ella estuvo consagrada á la patria y á la conquista de los principios que la han regenerado y engrandecido.

Hijo de D. Rómulo del Valle, antiguo patriota que desde 1811 prestó eminentes servicios á la nación, el general Leandro Valle nació en la ciudad de México el 27 de Febrero de 1833. A la edad de once años entró al Colegio Militar, y se distinguió por su talento y aplicación, mereciendo el primer premio en su primer examen. El 30 de Noviembre de 1845 se le confirió el empleo de sargento segundo, previa la aprobación del